

Dios; es un acto de apertura a Dios ante todo, y, desde Dios, a los demás y a la historia; y, finalmente, es una respuesta, que implica identificación con el mensaje contenido en la revelación y que genera vida.

En *Existencia y búsqueda de sentido*, cuyo itinerario hemos seguido hasta ahora, Luis Romera nos ofrece una clave hermenéutica, precisa y bien fundamentada a mi juicio, para valorar el desarrollo de la civilización contemporánea. Y que conduce a una coyuntura cultural, la presente, en la que –como ya hiciera notar Nietzsche, a quien Romera cita y comenta– se hace patente que el ser humano está situado en una disyuntiva de la que no se puede escapar: o reconocer que está referido «a una trascendencia», a un Ser trascendente, al que debe saberse vinculado; o aceptar que no tiene un horizonte que vaya más allá de «lo inmediato, lo finito, lo temporal y lo precario», o sea, el nihilismo y el sin sentido.

En un párrafo que tiene para su autor valor de conclusiones, Luis Romera apunta una exigencia a la que el cristiano no puede sustraerse. «En un contexto cultural en el que la religión se ha vuelto un tema controvertido, el cristiano necesita adentrarse en la riqueza de la fe con una existencia vivida coherentemente como existencia cristiana, y con una inteligencia rigurosa y no empequeñecida»; y, a partir de ahí, «extraer conclusiones de cara a la existencia cotidiana, en el trabajo, en la familia, en la sociedad; en definitiva en el quehacer cultural» (p. 223). Con ese horizonte podemos dar también por terminada esta recensión.

José Luis ILLANES

---

**Josep-Ignasi SARANYANA**, *Historia de la teología cristiana* (750-2000), Pamplona: Eunsa, 992 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3528-1.

La publicación de la *Historia de la teología cristiana*, de Josep-Ignasi Saranyana, constituye, a mi entender, un importante acontecimiento en el panorama editorial universitario de nuestro entorno. Sus mil páginas, en las que el autor recorre las vicisitudes de la teología desde el siglo VIII hasta nuestros días, representan una indudable aportación a la cultura teológica. Su antecedente inmediato en España es la *Historia de la Teología cristiana*, de Evangelista Vilanova, en tres volúmenes y con casi tres mil páginas, que estudian los veinte siglos de historia del cristianismo.

Saranyana no ha partido de cero. El ahora profesor emérito de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, en la que ha permanecido a lo largo de toda su carrera académica, ya había publicado unas decenas de libros sobre cuestiones teológicas variadas, en las que la dimensión histórica estaba muy presente. Sobre la historia de las ideas, en particular, publicó *La filosofía medieval. Desde sus orígenes patrísticos hasta la escolástica barroca* (3ª ed., Pamplona, 2011), *Historia de la teología* (con José Luis Illanes: 3ª ed. aumentada, Madrid, 2012), y la magna *Teología en América Latina*, en cuatro gruesos volúmenes (Frankfurt am Main, 1999-2008), ideada y coordinada por él.

La obra que comentamos es ambiciosa porque se ocupa de un amplísimo abanico de cuestiones de los casi 1.300 años de teología que estudia. En estos siglos han ocurrido asentamientos y revoluciones en el terreno de las ideas, desarrollos pacíficos y replanteamientos críticos de lo adquirido. El autor no se ha arredrado ante el trabajo que tenía por delante y gracias a ello contamos con una aportación de indudable interés.

El volumen está dividido en dos partes siguiendo un criterio que el autor quizá no justifica suficientemente: la primera es anterior a la Ilustración, y la segunda, desde la Ilustración hasta nuestros días. A su vez, la parte dedicada al siglo XX ocupa más de la mitad del volumen. Este hecho, sin duda singular, indica que el interés de Saranyana no es meramente histórico, sino que ha querido hacerse eco de lo que más nos ha afectado a los contemporáneos. Describamos pormenorizadamente el contenido de la obra.

En la primera parte el criterio de organización de los materiales es el histórico. Aborda, en primer lugar, la teología del periodo carolingio y el camino hacia la escolástica (caps. 1 y 2). El amplio capítulo 3 incluye el comienzo de la Escolástica, la edad de oro (santo Tomás, san Buenaventura, Duns Scotto), Ockham, los místicos alemanes, Cusa, etc. El capítulo 4 abarca el renacimiento, el protestantismo, Trento, los debates de los siglos XVI y XVII, la mística española y la teología hispanoamericana del siglo XVI. El capítulo 5 está dedicado al siglo XVII en Francia. Ya en la segunda parte, el capítulo 6 expone el pietismo luterano, el deísmo y la Ilustración, mientras que el 7 está centrado todo él en el debate jansenista del siglo XVIII. A continuación, el autor expone «la teología durante el ciclo liberal» (cap. 8) y ya, en adelante, los capítulos se organizan por temáticas, sin olvidar, naturalmente, su relación con la cronología. De este modo, el Vaticano I y su recepción es el objeto del capítulo 9. El capítulo 10 es el más extenso de todos (casi 200 páginas) y lleva el título genérico de «Los debates teológicos desde 1870 al Vaticano II». Al

Concilio Vaticano II está dedicado el capítulo 11, y el 12 a la teología dogmática en la segunda mitad del siglo XX (100 páginas). La renovación de la teología moral a partir de la *Humanæ vite* es el tema del cap. 13, y las «Teologías del genitivo» el del 14. El último capítulo está dedicado a algunos teólogos españoles posteriores al Vaticano II.

El lector encuentra en estos capítulos abundante información sobre teólogos y su aportación a la historia general de la teología. En muchos aspectos no cabe esperar demasiadas novedades porque los estudios realizados hasta ahora han fijado un estado de la cuestión universalmente admitido. Pienso, por ejemplo, en buena parte de la teología medieval (salvo quizá Duns Escoto) o del siglo XVI. Cosa distinta es lo que se encuentra en la segunda mitad del volumen. Al enfrentarse con teólogos «actuales» en sentido amplio (es decir, de los últimos cien años) el autor debe tomar sus opciones. Saranyana lo hace con decisión, de manera que se puede estar o no estar de acuerdo con algunas de sus valoraciones, pero en todo caso no cabe sino reconocer su valentía para afrontar fenómenos y personajes cuyas vibraciones llegan hasta nuestros días.

La distinta atención dedicada por Saranyana a los diversos teólogos y épocas invita a especular sobre las razones que subyacen a esa decisión suya. Quizás sería el momento de preguntarse, remedando a Gilson, por la teología que está detrás de esta historia de la teología. Toda la teología, sus épocas y autores, tiene su propio interés. Pero el autor ha considerado que lo ya adquirido podía ser presentado más sumariamente que lo que nos es más cercano y, en este caso, lo más cercano está constituido por los últimos cien años. Con todo, la comparación es aquí inevitable. Tomás de Aquino, de cuya obra el autor es un buen conocedor –y editor, concretamente del *Compendium Theologiae* y de sus escritos catequéticos– y cuya aportación es una de las dos «sacudidas históricas» (p. 30) de la teología, se expone en 10 páginas del volumen, mientras que a Karl Rahner se le dedican el doble número de páginas. La otra «sacudida histórica» se debe, según Saranyana, a David Hume autor que, a pesar de ello, ocupa siete páginas (quizá porque no fue teólogo, sino filósofo), mientras que a Raimon Panikkar se da el doble. Estos ejemplos muestran una opción del autor por participar activamente en el diálogo teológico que, de una o de otra manera, todavía está en curso. Es como si nos dijera: contemos con la teología atesorada durante los siglos, pero hagamos la teología que se ocupa de nuestro tiempo, de sus problemas vivos y permanentes, y escuchemos a los protagonistas de ese singular diálogo.

Por otra parte, es inevitable que el estudioso de la teología se pregunte por la presencia o ausencia de figuras influyentes en el quehacer teológico, así como de cuestiones que han tenido un recorrido histórico más o menos relevante. En cuanto a los autores que son estudiados en el manual, en principio se debe acoger con agradecimiento la información que proporciona, aunque se trate en algún caso de figuras secundarias. La pregunta inevitable es, naturalmente, por las ausencias. Como era de esperar por sus estudios previos, Saranyana presta especial atención a la teología latinoamericana en varios momentos (caps. 4, 12, 14). Pero la aportación de este libro hubiera sido más completa si, además, se hubiera dicho algo sobre teólogos africanos (Tshibangu, Nyamiti, Mbiti, Adoukonou, la *Revue du Clergé Africain*, etc.) y asiáticos (Wilfred, Balasuriyan, Phan, etc.). Por otro lado, se echa en falta la ausencia de pensadores tan capitales para la teología como Maurice Blondel (1861-1949) que, según Olegario González de Cardedal, es uno de los padres de la teología contemporánea.

En cuanto al estudio que el autor lleva a cabo de autores concretos, aprecio un predominio del análisis sobre la síntesis. Es comprensible este proceder porque sólo se hace justicia a los autores cuando se sigue su pensamiento sin caer en generalidades no siempre ajustadas a lo que de verdad pensaron. La dificultad reside en que el análisis que se lleva a cabo tenga como base el conjunto de las obras de un autor, sin por ello pretender redactar una monografía. En este sentido, es necesario encontrar un equilibrio, cosa que no es fácil. Pienso, por ejemplo, en santo Tomás de Aquino. La exposición de su teología sigue fundamentalmente la *Summa Theologiae* en la que se encuentra el pensamiento más maduro del Aquinate. Pero esta exposición ganaría si quedara más clara la aportación de otras obras del mismo Tomás de Aquino porque, de este modo, se percibiría también mejor el aspecto diacrónico de su teología. Otro ejemplo es el de Alfred Loisy cuyo pensamiento se expone principalmente sobre la base de su crítica a Adolf von Harnack. En realidad, sin embargo, la crítica de Loisy a Harnack provocó su librito *L'Évangile et l'Église*, pero la importancia de la obra loysiana supera con amplitud la relación coyuntural con el teólogo alemán. Un último ejemplo se refiere a las páginas dedicadas a Juan Luis Ruiz de la Peña. En este caso, en el volumen sólo se trata de su postura escatológica. Siendo esta significativa, la obra de Ruiz de la Peña abarca otros temas de interés como la antropología cristiana, la fundamentación racional de la fe y la crítica a la increencia, etc., que podrían haberse puesto de relieve.

Por lo demás, el análisis teológico debe verse equilibrado por las necesarias síntesis que dan al lector claves para comprender y valorar críticamente la aportación de un teólogo, de una tendencia o escuela, o de una época determinadas. Estas síntesis exigen al historiador de la teología arriesgar su propia interpretación sobre la consistencia teológica y su valoración sobre el verdadero peso teológico de un pensamiento concreto. Es posible que al hacerlo se exponga a que su propio juicio sea juzgado también críticamente por otros. Pero quizás en ese entrecruce de valoraciones se halle parte del progreso teológico.

Finalmente, me permito sugerir al autor para sucesivas ediciones la incorporación de una introducción más explicativa de los principios que le han guiado en la elaboración de esta obra. Lo diré en forma de preguntas que a mí me hubiera gustado ver respondidas por el autor. ¿Por qué comienza su obra en el 750? ¿Acaso porque comúnmente se considera esa fecha como el fin de la era patristica? ¿Cuáles son los criterios que ha seguido para la división entre la primera y segunda parte? ¿Será por la sacudida que supuso el «despertar del sueño dogmático», así denominado por Immanuel Kant? ¿Por qué razón dedica al último siglo un espacio que no guarda proporción con los siglos anteriores? ¿Qué fundamenta la estructura del largo capítulo 10 así como del 12 y, en parte, también del 11?

A algunas de estas preguntas yo mismo he aventurado alguna respuesta en los párrafos anteriores, pero pienso que una explicación detenida del autor en la que nos presente su visión global de la historia de la teología, las líneas de fuerza que la atraviesan y los momentos claves en los que han confluído problemas y soluciones ayudarán al lector a hacerse con una comprensión más ajustada de los hechos que aquí aparecen y de su significado en el conjunto del progreso de la misma teología.

Lo que precede es una impresión general aderezada con algunos toques concretos. Corresponde a los diversos cultivadores de la teología apreciar la abundantísima información que Saranyana ofrece sobre los distintos aspectos de la teología y de su historia a lo largo de los siglos. En todo caso, se puede adelantar que lo que el teólogo catalán nos ha entregado en este *magnum opus* va a permitir a muchas personas hacerse con una visión global y a la vez concreta de la aventura de la fe que, desde el principio, busca entender, entenderse y transmitir el tesoro acumulado por tantos teólogos a lo largo del tiempo.

César IZQUIERDO